

Velez, Pilar. *El Expreso del Sol*. Miami: Snow Fountain Press, 2015. 308 p. ISBN: 13: 978-0-9885343-4-6. Impreso.

**E**l *Expreso del Sol* de Pilar Vélez ejemplifica el postulado de Jorge Luis Borges de que toda buena literatura es en definitiva autobiográfica. Podríamos encuadrar la novela en el género de crónica literaria desarrollado magistralmente por Elena Poniatowska, literatura testimonial de tragedias, traumas, delincuencias, exilios forzados, dinámicas disfuncionales y violentas en que los muertos no son frías estadísticas, sino parte de la sangre, configuración histórica, entorno íntimo y narrativa de quien la escribe.

En efecto, la narradora y protagonista, Corintia, recorre por sí misma, por su propia existencia, durante seis décadas de historia familiar y personal, el destino que construye en la eternidad del tiempo, con los personajes cercanos, las mujeres que encabezan el núcleo de familia, como su abuela Rosario, su madre Violeta, su abuelo Marcos, asesinado, y otros. Y nos pasea a los lectores por el presente, mientras recorre y documenta el recuerdo del pasado, y anticipa un futuro de aspiraciones que inspiran su militancia y su lucha por los derechos humanos en plan de buscar soluciones para estos males y sus consecuencias. Lo realiza a través de capítulos llamados estaciones, en este viaje, con temas y títulos muy significativos (tomaría otro libro el cubrir y analizar, como se merecen, todos los complejos ejes discursivos de este viaje/autobiografía, pues en los curiosos detalles está precisamente la atracción del relato): “Wilma” (el huracán del destierro en Miami); “Chiriguaná” (volver con la madre a la casa de la abuela, para encontrar a nadie, al recuerdo de la desgracia, viaje nostálgico en tren, lágrimas tormentosas); “Vida nueva” (repaso de vivencias y agudos intercambios infantiles en la casa de la abuela, en un barrio de desplazados, sin rayos de luz; angustioso aprendizaje,

construyendo el destino); “Matronas” (en medio de la mudanza, la experiencia de un encuentro feliz en el juego con niños, dominado por los latigazos de las matronas en el proceso de formación de sus hijas; testigo de violaciones, moretones, suicidios y otras consecuencias); “Bendita suerte” (el diálogo ingenuo y rebelde alimentado por la carencia y el hambre ante la obstinación adulta que insiste en la suerte y no en el talento; la dedicación como solución de los problemas); “La Paila” (la militancia liberal del abuelo Marco por un cambio que le costó la vida); “Los malditos” (el sepelio del hermano del abuelo ilustra la lucha de poder aquí personificada por el cura párroco que se impone); “Cruzada de pájaros” (partiendo de la realidad contradictoria de las aves negras y los árboles frondosos de Miami; en su búsqueda de respuestas, llegar a las redadas de “Los Pájaros” responsables de los asesinatos en su patria Colombia); “El tridente” (que recoge los detalles de la muerte de su abuelo y sus efectos en su propia madre que la sufre sin querer recordar o compartir); “Sufragios” (recuerdos de la casa que muere con el asesinato del abuelo, pues la abuela necesita abandonarla para no terminar en el cementerio); “Los vulnerables” (la familia de la abuela con ocho hijos: un caos, agravado por el nacimiento de un nuevo bebé); “Los desplazados” (el desplazamiento de la familia en pos de sobrevivir a la miseria, pero también el desplazamiento del padre de Corintia que a raíz de su alcoholismo lo derrocha todo, produciendo en ella un sentido de pérdida de futuro y oportunidades); “El que el ángel se llevó” (detalles de la muerte de su hermanito cuyo nacimiento la había ilusionado pero que llevó a su padre a sumergirse en el abismo del alcoholismo); “La deuda” (se va sobreviviendo a “Los Pájaros” asesinos, no así al endeudamiento con el Gobierno y su embargo fiscal, pero sobre todo la deshonestidad de un miembro de la familia, la precariedad del empleo y la dicha esperanzadora de la escuela); “San Francisco” (el milagro del regalo de un “hermanito”, bebé para criar con enfermedades, abandonado por su primo y la madre; superación de diversos problemas en la escuela); “Los callejones” (baldío parque de fútbol, invadido y despojado a la fuerza, contraste entre los amigos de la escuela, la situación del padre y la violencia vivida por la familia de generación en generación); “Entre mujeres” (reemplazo del diálogo por la escritura, las cartas cumpliendo el “enlace de amor”); “Los dolorosos” (colegio, rebeldía, como “mis primos”

había pasado de “un yugo soportable a una verdadera coyunda”); “El reencuentro” (con la madre, a pesar de la renovación continuaba la agresión, las cachetadas, los hitos de la violencia del descuido y la violencia enquistada); “La farsa” (en el espejismo de una bienvenida dicha para su madre por un posible matrimonio, cae sobre la hija-autora la aflicción de cargar con la falsedad de pasar a ser, como parte del arreglo, la sobrina); “La factoría” (construcción, trabajo en una fábrica, dentro de ese círculo en que se navegaba diariamente con el resultado comprobado de ir quedándose “sin una gota de dignidad para soportar la vida”); “Requiem” (una de las estaciones más largas que incluye el suplicio de su adolescencia: la muerte de su padre con su sola compañía y el asesinato de una de sus mejores amigas, Laura; el acudir de la madre a Dios y a la fe, y de la narradora a la lectura de Platón, Descartes, Kant, Hegel y otros autores —el Galeano de *Las venas abiertas de América*— que le ayudaran a entender la realidad); “La promesa” (cumplir con fuerza de voluntad la promesa de escribir recuerdos, incluido el del primer amor con Leonardo, luego del inicio celestial del éxtasis amoroso, una relación tortuosa con el hombre, en definitiva, equivocado); “La semilla” (la ruptura y el reemplazo para seguir con la vida, aunque la figura de Leonardo accidentado, en la cárcel, regrese; la huída que implica un viaje a Cartagena y el destierro en los Estados Unidos; el comienzo de una nueva etapa, el matrimonio con su actual esposo, mientras Leonardo, con su existencia complicada, reaparece en sueños, en algunas llamadas, con la anuencia de su esposo, hasta enterarse de su asesinato por un niño de su mundo sicario); “La tormenta” (revelaciones de la tía Amalia que rompen la coraza de la madre, su exilio sorpresivo a Estados Unidos para no volver e increpaciones recíprocas de culpas); “La Cigarra” (el secreto que albergaba el baúl de la abuela, retratos de los hijos muertos, motivo de diálogo a dos tiempos, causa oculta de un dolor cerrado; dentro de todo, Corintia en su madurez y empeño por entender, proclama el agradecimiento) y “El sol” (que comentaremos al cerrar esta reseña).

Los nombres evocan referentes: por ejemplo, el de la protagonista Corintia (tipo de columna; la autora se llama Pilar); el de la madre: Violeta (el color de un moretón: una “n” más la convierte en violenta); el de la abuela: Rosario (apellido real Cruz: de desgracias, obstinaciones, conductas repetidamente despóticas).

En resumen, un libro dedicado –en palabras de su autora– “a cada ser humano que ha sido víctima de la violencia y la injusticia y a los desplazados”, ejemplo rotundo de la narrativa colombiana de testimonio literario acerca de las experiencias de una vida familiar compleja, de una subsistencia de desplazamientos en un contexto *siccareasco*, con la audacia y capacidad de Gabo de “Vivir para contarla”. Textos impactantes que combinan relatos de la vida cotidiana y traumáticos, toques de descripciones costumbristas y reflexiones filosófico-vivenciales, en un proceso de catarsis psicológica y existencial, secuelas, como dice la autora, “que sufren, en este caso las mujeres en quienes se centra la historia, para dar a conocer que no sólo se trata de armas y de contar muertos, sino del impacto que deja la violencia en los seres humanos y de cómo este flagelo muta, se transforma, se vigoriza y se arrastra de generación en generación. La ausencia del hombre en su papel de padre es fundamental y en esta novela se pone de manifiesto, al igual que el ultraje que sufren los más vulnerables y la necesidad que tiene cada individuo de encontrar la fuerza interior para renacer a conciencia y enfrentar el dolor para poder superarlo”.

En esta novela las connotaciones son realistas y simbólicas, pero demuestran vívidamente la teoría de Tomás Eloy Martínez de que la realidad es a veces más ficción que la ficción misma, a lo largo de una extensa historia de familia enfrentando las dificultades de vivir en el contexto del conflicto bipartidista conocido como la “Violencia en Colombia”, que atrapa a la sociedad con los latigazos de una violencia que fuerza a sus víctimas a abandonar el campo, el país y exiliarse. Una realidad que han experimentado muchos países de América Latina por causas similares o distintas, forzando a millones al exilio, en cuyo desplazamiento catastrófico se multiplican las violaciones de los derechos básicos, humanos.

La última estación, “El Sol”, parte de la muerte de la abuela, cuya mente se apaga antes que su presencia en la vida, hacia una reflexión consumada sobre la escritura como búsqueda empeñada de la verdad íntima, a través de la memoria, la experiencia y el deseo, entre bosques, mareas, vientos, huracanes: un proceso positivo de catarsis, terapia, entendimiento, liberación, en la Estación del Sol, plasmado en el parto de este libro que festejamos.

Pilar Vélez, su protagonista y autora, es una destacada escritora colombiana residente en el Sur de Florida y promotora cultural con múltiples logros. *El expreso del Sol*, un regalo en primera persona que conmueve, enternece e inspira a la superación personal y al mejoramiento de la sociedad en que viajamos.

LUIS ALBERTO AMBROGGIO  
ANLE y RAE

Gac-Artigas, Gustavo. *Y todos éramos actores... en un siglo de luz y sombra*. Midleton (Delaware): Ediciones Nuevo Espacio, 2015, 423 p. ISBN: 978-1-930879-64-5. Impreso.

En *Y todos éramos actores*, podemos deducir muy tempranamente que Gac-Artigas experimenta con una prosa rica en elementos teatrales y tonos líricos. Quizás esos momentos menos narrativos y más líricos recuerdan los *Pensées* de Pascal, ya que esporádicamente coquetea con ideas filosóficas, mientras sigue contando, narrando, recordando. Pero en este caso, las interpolaciones filosóficas se arman a través de la cohesiva trama que reúne fragmentos del pasado con la coherencia que le brindan dos historias, muchos traumas y la catártica desesperanza en las tragedias. Dos historias de amor se desarrollan en el libro como el trasfondo narrativo para indagar, también en el plano de los géneros literarios, los vínculos entre el drama y lo dramático, la vida y lo vital, el amor y los amores. Su fusión de técnicas narrativas y teatrales es evidente, recordando monólogos que abren obras teatrales, con un narrador testigo en una travesía histórica y a la vez emocional. Una de las premisas principales, pero sutiles, de la novela aborda el tema del teatro como metáfora de la vida, con más atención a la sub-metáfora de la relación entre actor-personaje diegético, la formación de un elenco dramático y la tensión entre la memoria y el acto de recordar.

El narrador es un personaje partícipe que despliega sus memorias con contundente melancolía. El lector es invitado a ser parte de un elenco que revive las memorias del narrador protagonista en “la vida como teatro”, recordando a Shakespeare. Los primeros capítulos se dedican a momentos seminales en el desarrollo del amor, el encuentro de “la Bella entre las bellas”, recorriendo el continente